

cerca de la puerta : ¿ que olfateas ahí ? Ve á echarte ; te daré mi mejor cugin : ya que por el camino nos has distraído con tus vueltas y tus saltos, procura ahora que yo te encuentre un huésped perfectamente pacífico.

¡ Ah ! desde que nuestra estrecha celda se alumbra con una lámpara amiga, la luz penetra también en nuestro seno, en nuestro corazón, vuelto á sí mismo. La razón empieza á hablar y la esperanza á lucir : se baña uno en el raudal de la vida, en la fuente de donde salió.

¡ No gruñas, perro ! Los ahullidos de un animal no pueden acordarse con los divinos acentos que llenan toda mi alma. Estamos acostumbrados á que los hombres desprecian lo que no pueden comprender ; á que lo bueno y lo bello, que muchas veces les es nocivo, les haga murmurar ; pero ¿ debe gruñir un perro á ejemplo suyo ?... ¡ Ay de mí ! conozco que, á pesar de los mejores deseos, no puede salir de mi pecho satisfacción alguna... Pero ¿ por qué se ha de secar tan pronto el río, y nos ha de sumergir en nuestra sed eterna ? ¡ Lo he experimentado mucho ! Esta miseria toca, no obstante, á su término : ya aprendemos á estimar lo que se eleva sobre las cosas de la tierra ; aspiramos á una revelación, que en ninguna parte brilla con una luz más pura ni más bella que en el Nuevo Testamento. Estoy por abrir el texto, y abandonarme una vez á las sencillas impresiones, y traducir el santo original á la lengua alemana que amo tanto. (*Abre un volumen y se para.*) Está escrito : *En un principio existía el verbo.* ¡ Aquí me detengo ya ! ¿ Quien me sostendrá más lejos ? Me es imposible traducir bien esta palabra, *¡ el verbo !* es menester que la traduzca de otra manera, si el espíritu se digna iluminarme. Está escrito : *En un principio existía el espíritu.* Reflexionemos bien sobre esta primera línea, y

que la pluma no se apresure tanto. ¿ Es el espíritu quien crea y lo conserva todo ? Debería decir : *En un principio existía la fuerza.* Sin embargo, aun escribiendo esto, no sé qué me dice que no debo contentarme con tal sentido. ¡ El espíritu me alumbra ya ! La inspiración descende á mi alma ; ya escribo consolado : *¡ En un principio existía la acción !*

Si he de partir contigo mi habitación, perro, ¡ cesa en tus gritos y en tus ahullidos ! Yo no puedo sufrir á mi lado un compañero tan estrepitoso : es preciso que uno de los dos salga del cuarto. Á pesar mío, violo las leyes de la hospitalidad : la puerta está abierta ; tienes el paso libre. Mas ¿ qué veo ? ¿ Es esto natural ? ¿ Es una sombra, ó es una realidad ? ¡ Cómo se ha hinchado mi perro ! Se levanta agrandándose ; ya no es figura de perro. ¿ Qué espectro he introducido en mi casa ? Ya tiene el aspecto de un hipopótamo, con sus ojos de fuego y sus espantosas quijadas. ¡ Oh ! seré yo tu dueño ! Para un animal tan infernal necesito la llave de Salomón.

ESPÍRITUS EN LA CALLE. ¡ Ha caído prisionero uno de los nuestros ! ¡ quedémonos fuera, y que ninguno le siga ! ¡ Un diablo viejo ha caído aquí como un zorro en la trampa ! ¡ Atención ! Volemos alrededor y veamos de ayudarle. No abandonemos á un hermano que siempre nos ha favorecido.

FAUSTO. Por de pronto, para acercarme al monstruo, emplearé la conjuración de los cuatro :

¡ Que la Salamandra se inflame !
 ¡ Que el Ondino se repliegue !
 ¡ Que el Silfo se desvanezca !
 ¡ Que el duende trabaje !

El que no conociera los elementos, su fuerza y sus

propiedades, jamás podría hacerse dueño de los espíritus.

¡ Vuela en llama, Salamandra!
 ¡ Resbalad juntos murmurando, Ondinos!
 ¡ Brilla cual limpio meteoro, Silfo!
 ¡ Préstame tus domésticos socorros,
 incubus! incubus!
 ¡ Ven aquí, y cierra la marcha!

Ninguno de los cuatro existe en este animal. Queda inmóvil y rechina los dientes ante mí : aun no le he hecho daño alguno. Vas á oírme emplear más fuertes conjuraciones.

¿ Eres, amigo mío, un desertor del infierno? en ese caso, mira este signo : las negras falanges se inclinan ante él.

Ya se hincha, sus crines están herizadas.

¡ Ente maldito! ¿ puedes leerlo? ¿ al que jamás fué creado, al inexplicable, adorado en todo el cielo, y criminalmente traspasado?

Retirado más allá de la puerta, se infla, se hace un elefante, ya llena todo el espacio, y va á resolverse en vapor. ¡ No subas hasta el techo! ¡ Ven más bien á echarte á los pies de tu dueño! Ya ves que no amenazo en vano. Soy capaz de abrasarte con el fuego sagrado. ¡ No aguardes una luz de triple resplandor! ¡ No esperes la más poderosa de mis conjuraciones!

MEFISTÓFELES *entra mientras cae la nube, y se presenta en traje de estudiante.* ¿ Qué alboroto es este? ¿ En que podré servir á este caballero?

FAUSTO. ¿ Eso era lo que contenía el perro de aguas? Un estudiante ambulante.

MEFISTÓFELES. Saludo al sabio Doctor. Me habéis hecho sudar atrozmente.

FAUSTO. ¿ Cual es tu nombre?

MEFISTÓFELES. La pregunta me parece bien frívola, para quien desprecia tanto las palabras, que siempre se separa de las apariencias, y considera sobre todo el fondo de los seres.

FAUSTO. Entre vosotros, señores, debe poderse adivinar fácilmente vuestra naturaleza por vuestro nombre, y eso es lo que se hace conocer claramente al llamaros enemigos de Dios, seductores, embusteros. Ahora bien, ¿ quien eres tú?

MEFISTÓFELES. Una parte de esa fuerza, que ya quiere el mal, ya hace el bien.

FAUSTO. ¿ Que significa ese enigma?

MEFISTÓFELES. Soy el espíritu que niega siempre; y lo hace con justicia, porque todo lo que existe es digno de ser destruido; sería mejor que no existiese nada. Así pues, todo lo que nombráis pecado, destrucción, en una palabra, lo que se entiende por mal, he ahí mi elemento.

FAUSTO. Te llamas parte y hete ahí entero ante mí.

MEFISTÓFELES. Te digo la pura verdad. Si el hombre, ese pequeño mundo de locura, se mira ordinariamente como si fuese un entero, yo, por mí, no soy más que una parte de la parte que existía, al principio del todo, una parte de esa oscuridad que dió origen á la luz, á la orgullosa luz, que ahora disputa á su madre la noche su antiguo rango y el espacio que ocupaba; bien que con muy poco éxito, porque, á pesar de sus esfuerzos, sólo puede arrastrarse en la superficie de los cuerpos que la detienen: sale de la materia, se desliza sobre ella y la colora; pero un cuerpo es suficiente para romper su marcha. Puedo, pues, esperar que no será de larga duración, ó que se aniquilará con los cuerpos mismos.

FAUSTO. Yo conozco tus hermosas funciones: no puedes aniquilar la masa, y te agarras á las particularidades.

MEFISTÓFELES. Y, francamente, no he adelantado mucho: lo que se opone á la nada, el algo, este mundo material, aunque lo haya intentado hasta ahora, no he podido encontrarlo todavía: y en vano he desencadenado contra él olas, tempestades, terremotos, incendios; la mar y la tierra permanecieron tranquilas. Nada tenemos que esperar de esta maldita semilla, materia de los animales y de los hombres. ¡Cuántos no he enterrado ya, y siempre circula una sangre fresca y nueva! Hé ahí el resultado; es para volverse loco. Mil gérmenes salen del aire, del agua, de la tierra, de lo seco, de lo húmedo, del frío, del calor. Si no me hubiese reservado el fuego, nada tendría para mí.

FAUSTO. Así pues, opones al movimiento eterno, á la fuerza benéfica que crea, la mano fría del demonio, que se contrae en vano con malicia! ¿Qué más intentas hacer, extraño hijo del caos?

MEFISTÓFELES. En la próxima entrevista hablaremos de eso largamente. ¿Me atreveré á alejarme por esta vez?

FAUSTO. No veo por que me lo preguntes. He aprendido á conocerte: visitame desde ahora cuando quieras: he aquí la ventana, la puerta, y hasta la chimenea: puedes escoger.

MEFISTÓFELES. ¡Lo confesaré! un pequeño obstáculo impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral...

FAUSTO. ¿El *pentágono* (1) te aflige? ¡Hola! dime, hijo del infierno, si eso te incomoda, ¿como has entrado aquí? ¿Cómo se ha dejado atrapar de ese modo tal espíritu?

MEFISTÓFELES. Piénsalo bien; está mal puesto; el

(1) Figura cabalística.

ángulo vuelto hacia la puerta está, como ves, un poco abierto.

FAUSTO. ¡Trance es sin duda! ¿Conque eres mi prisionero? ¡Es un feliz accidente!

MEFISTÓFELES. Cuando entró el perro, no reparó en nada: desde afuera parecía aquello otra cosa, y ahora no puede salir el diablo.

FAUSTO. Pero ¿por qué no sales por la ventana?

MEFISTÓFELES. Es una ley de los diablos y de los aparecidos, el salir por donde han entrado. El primer acto es libre para nosotros; pero somos esclavos del segundo.

FAUSTO. ¿Conque hasta el mismo infierno tiene leyes? Muy bien. De ese modo, un pacto hecho con vos, caballero, será fielmente observado.

MEFISTÓFELES. De lo que te se prometa, podrás gozar completamente; nada te será retenido. No es esto, sin embargo, tan despreciable como crees; ya volveremos á hablar de eso. Ahora te suplico y te ruego que me dejes ir esta vez.

FAUSTO. Quédate, pues, un instante para decirme mi buenaventura.

MEFISTÓFELES. ¡Pues bien! ¡Suéltame siempre! Yo volveré bien pronto, y podrás preguntarme lo que gustes.

FAUSTO. Yo no he tratado de sorprenderte; tú mismo has venido á enlazarte en la celada. Que el que tenga al diablo no le deje escapar, porque no volverá á cogerle tan pronto.

MEFISTÓFELES. Si eso te agrada, me quedaré para hacerte compañía; pero con la condición de que has de pasar el tiempo dignamente, según mi arte.

FAUSTO. Veo con placer que te conviene eso; pero es menester que tu arte sea divertida.

MEFISTÓFELES. Tu espíritu, amigo mío, va á ganar más en esta hora solamente, que en la uniformidad de un año entero. Lo que te canten los espíritus sutiles, las bellas imágenes que traigan, no son una vana magia. Tu olfato se deleitará como tu paladar, y tu corazón será transportado. No son necesarios vanos preparativos; henos aquí reunidos, principiad.

ESPIRITUS. ¡Desapareced, arcos sombríos! dejad que nos sonría la luz del cielo, y que el éter azul se desarrolle.

Que las sombrías nubes se rasguen, y las estrellas se iluminen como los soles más suaves.

Hijas del cielo, ideales bellezas, estrechad alrededor suyo el círculo de vuestra danza alada,

Los deseos del amor sigan vuestros pasos, desatad vuestras cinturas, y quitaos vuestros flotantes vestidos.

Sembrad esos deseos en la pradera y en la espesa enamada, donde los amantes vendrán á extasiarse en sus eternos amores.

¡Oh tierno verdor de las florestas! ¡ramas entrelazadas!

¡Amontónense en la viña los racimos, que en los lagares ya no caben más; el vino salta en olas espumosas; arroyos de púrpura surcan el verdor de las praderas!

¡Criaturas del cielo, desplegad al sol vuestras alas temblorosas: volad hacia esas islas afortunadas que se deslizan allá sobre las ondas!

Allí todo está lleno de danzas y conciertos: todo ama, todo se agita libremente.

Coros alados llevan el corro á las alturas luminosas de las colinas: otros se cruzan en todas direcciones sobre la superficie lisa de las aguas.

¡Todos para la vida! todos los ojos fijos en alguna estrella querida, que el cielo encendió para ellos.

MEFISTÓFELES. Está durmiendo: bien, ¡jóvenes espíritus del aire, le habéis encantado fielmente! Este es un concierto que os debo. ¡Tú no eres hombre para sujetar al diablo! Fascínadle con dulces ilusiones, sumergidle en un mar de delicias. Pero, para destruir el encanto de este umbral, necesito el diente de un ratón... No tendré que conjurar mucho tiempo, he aquí uno, que corre por allí, y que me oirá en seguida.

El señor de los ratones y de las ratas, de las moscas, de las ranas, de las chinches y de los piojos, te ordena venir aquí, y morder este umbral, como si estuviese restregado con aceite.

¡Ah! ¡hete aquí ya! ¡Vamos, pronto á la obra! La punta que me ha detenido está allí en el borde... un pedazo todavía, ¡está hecho!

FAUSTO, *despertándose*. ¿Me equivoco también ahora? ¿Ha desaparecido ya esa multitud de espíritus? ¿No ha sido esto una apariencia presentada por el diablo?... Y ¿no es más que un perro el que ha saltado junto á mí?

Gabinete de estudio.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¿Llaman? ¡Entrad! ¿Quien viene á importunarme aún?

MEFISTÓFELES. Yo.

FAUSTO. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES. Debes decirlo tres veces.

FAUSTO. ¡Entrad, pues!

MEFISTÓFELES. Así me gustas: vamos á acordarnos, me parece. Para disipar tu mal humor, heme aquí á lo señor joven, con vestido escarlata bordado de oro, esclavina de raso almidonado, pluma de gallo al sombrero una espada larga y bien afilada; y te daré el

consejo corto y bueno, de que hagas otro tanto para que puedas gustar la vida, libre de tus cadenas.

FAUSTO. Sea el que quiera el vestido que me ponga, no sentiré menos las miserias de la existencia humana. Soy demasiado viejo para obras, demasiado joven para vivir sin deseos. ¿Que es lo que puede ofrecerme de bueno el mundo? *¡Todo debe faltarte, debes carecer de todo!* He ahí el estribillo eterno que resuena á los oídos de cada uno, y lo que toda nuestra vida nos repite cada hora con quebrantada voz. Con horror me despierto por la mañana; debería derramar amargas lágrimas viendo el día que en su carrera no ha de satisfacer ni uno de mis deseos, ¡ni uno solo! El día, que con tormentos interiores enervará hasta el presentimiento de cada placer, que bajo mil contrariedades paralizará las inspiraciones de mi corazón agitado. Viene la noche, y es preciso que con un movimiento convulsivo me tienda sobre ese lecho adonde no templará mi dolor ningún reposo, donde me espantarán sueños horribles. El dios que reside en mi seno, puede conmover profundamente todo mi ser; mas él, que dirige todas mis fuerzas, no puede confundir nada alrededor de mí. Y he ahí por qué me es una carga la vida, por qué deseo la muerte y aborrezco la existencia.

MEFISTÓFELES. Y sin embargo, la muerte nunca es un huésped que se recibe con gusto.

FAUSTO. Feliz aquel á quien, en el esplendor del triunfo, le ciñe las sienes con un laurel sangriento; aquel á quien, después de la embriaguez de un baile ardiente, viene á sorprenderle en los brazos de una mujer! ¡Oh! ¡que yo no pueda verme transportado ante el poder del grande espíritu, arrebatado ante él, y luego aniquilado!

MEFISTÓFELES. Y, no obstante, alguno ha tragado esta noche cierto licor oscuro...

FAUSTO. El espionaje es tu placer, según parece.

MEFISTÓFELES. No poseo la ciencia universal, pero sé mucho.

FAUSTO. ¡Y bien! pues que unos sonidos dulcísimos y muy conocidos me han arrancado al horror de mis sensaciones, ofreciéndome, con la imagen del tiempo más agradable, las dulces impresiones de la infancia... maldigo todo lo que rodea el alma con atractivos é ilusiones, todo lo que oculta en estas tristes estancias con el brillo y el engaño! ¡Maldita sea desde ahora la alta opinión con que el espíritu se embriaga á sí mismo! ¡Maldito sea el esplendor de las vanas apariencias que asedian nuestros sentidos! ¡Maldito sea lo que nos seduce en nuestros sueños, é ilusiones de gloria y de inmortalidad! ¡Malditos sean todos los objetos cuya posesión nos lisonjea, mujer ó niño, haciendas ó criados! ¡Maldito sea Manmón, cuando, por el encanto de sus tesoros, nos arroja á empresas temerarias, ó cuando por ociosos placeres, nos rodea de voluptuosos cogines! ¡Maldita sea toda exaltación de amor! ¡Maldita sea la esperanza! ¡Maldita la fe, y maldita, antes que todo, la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible*. ¡Ah! ¡ay! has destruído el dichoso mundo, lo has destrozado con tu mano poderosa; está convertido en ruinas! ¡Un semidios lo ha desbaratado!... ¡Llevamos sus restos á la nada, y lloremos su belleza perdida!... ¡Oh, el más grande de los hijos de la tierra, levántalo, reconstrúyelo en tu corazón! vuelve á empezar el curso de una existencia nueva, y nuestros cantos resonarán todavía para acompañar tus obras.

MEFISTÓFELES. Esos son los pequeños de los míos.

¡ Escucha cómo te aconsejan sabiamente el placer y la actividad ! Quieren arrancarte al mundo, arrancarte á esta soledad, donde se fijan el espíritu y los jugos que la alimentan.

Cesa, pues, de mecerte en esa tristeza que, como un buitre, devora la vida. Por mal acompañado que te halles, podrás sentir que eres hombre con los hombres ; sin embargo, no por eso se piensa degradarte. Yo mismo no soy uno de los primeros ; mas si quieres dirigir tus pasos en la vida unido á mí, me conformo con gusto en ser desde luego tuyo. Me hago tu compañero, ó, si te viene mejor, tu criado y tu esclavo.

FAUSTO. ¿ Y que obligación debería llenar en cambio ?
MEFISTÓFELES. Tiempo tendrás de pensar en eso.

FAUSTO. ¡ No, no ! El diablo es un egoísta, y no hace, por amor de Dios, lo que es útil á otro. Expresa claramente tu condición ; un criado semejante es perjudicial en una casa.

MEFISTÓFELES. Quiero sujetarme *aquí* á tu servicio, obedecer sin fin y continuamente á tu menor indicación ; pero cuando volvamos á vernos *allá abajo*, tendrás que hacer conmigo otro tanto.

FAUSTO. El *abajo* me inquieta á mí muy poco ; concluyamos primero con este mundo, y el otro puede venir en seguida. Mis placeres salen de esta tierra, y este sol alumbra mis penas ; libreme yo una vez de estas últimas, y venga después lo que viniere. No quiero aprender más. Nada me importa, que en el porvenir se ame ó se odie, ni que esas esferas tengan también un arriba y un abajo.

MEFISTÓFELES. En ese caso, puedes aventurarte ; empenate ; verás en estos días cuanto placer le es dado á mi arte procurar : te daré lo que ningún hombre ha podido ni aun entrever.

FAUSTO. ¿ Y que tienes que dar tú, pobre demonio ?
¿ Ha sido nunca concebido por tus semejantes el espíritu de un hombre en sus altas inspiraciones ? Tú sólo tienes alimentos que no satisfacen, oro descolorido, que sin cesar se desliza de las manos, como el azogue ; un juego en el cual no se gana jamás ; una muchacha que hasta en mis brazos hace guiños al que se halla á mi lado ; el honor, bella divinidad que se disipa como un meteoro. Muéstrame un fruto que no se pudra antes de caer, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

MEFISTÓFELES. Nada hay que me asombre en semejante empresa ; puedo ofrecerte esos tesoros. Sí, mi buen amigo : ha llegado ya el tiempo en que podamos divertirnos con toda seguridad.

FAUSTO. Si es posible que yo pueda tenderme en un lecho de pluma para reposar en él, ¡ que se me dé al instante ! Si puedes lisonjearme hasta el punto que yo esté contento conmigo mismo, si puedes seducirme con placeres, ¡ que este día sea el último para mí ! Yo te ofrezco la apuesta.

MEFISTÓFELES. Corriente.

FAUSTO. ¡ Corriente ! Si yo llego á decirte un solo instante : ¡ Permanezcamos así, seré feliz con lo que tú me des ! Entonces, puedes rodearme de ataduras. Entonces, consiento en aniquilarme. Entonces puede resonar la campana de los muertos. ¡ Entonces estás libre de tu servicio... Que suene la hora, que caiga el minutero ! ¡ que el tiempo no exista ya para mí !

MEFISTÓFELES. Pensadlo bien, que no lo olvidaremos.

FAUSTO. Tenías razón ; no estoy frívolamente empeñado ; y pues siempre he sido esclavo, ¿ qué importa que lo sea de ti ó de cualquier otro ?

MEFISTÓFELES. Voy, pues, hoy mismo á desempeñar

mi papel de criado á la mesa del señor Doctor. Una palabra todavía : por el amor de la vida y de la muerte, solicito para mí sólo dos líneas.

FAUSTO. ¿ También te hace falta una escritura, pedante ? ¿ No sabes lo que es un hombre, ni el valor que tiene la palabra ? ¿ No es bastante que la mía disponga de mis días por toda la eternidad ? Cuando el mundo se agita con todas las tempestades, ¿ crees tú que una simple palabra escrita, sea una obligación bastante fuerte ?... Pero tal quimera nos preocupa siempre, y ¿ quien podría librarse de ella ? ¡ Feliz quien tenga la fe pura en el fondo del corazón, que no sentirá el remordimiento de ningún sacrificio ! Mas un pergamino escrito y sellado es un espantajo para todo el mundo, el juramento va á expirar bajo la pluma, y sólo se reconoce el imperio de la cera y del pergamino. Espíritu maligno, ¿ que exiges tú de mí ; bronce, mármol, pergamino, papel ? ¿ Es menester escribir con un estilo, un buril ó una pluma ? Te permito la elección.

MEFISTÓFELES. ¿ Á qué viene toda esa habladería ? Por que acalorarte tanto ? ¿ Bastará el primer papel que se presente ? Para escribir tu nombre te servirás de una pequeña gota de sangre.

FAUSTO. Si te parece, diremos que esto ha sido una chanza.

MEFISTÓFELES. La sangre es un jugo muy particular.

FAUSTO. No hay que temer que yo viole este pacto. El ejercicio de toda mi fuerza es lo que precisamente prometo. Me he engraido demasiado, y es menester que pertenezca á tu clase ; el grande espíritu me ha desdenado, la naturaleza se cierra ante mí, el hilo de mi pensamiento está roto, y estoy disgustado de toda ciencia. Es preciso que mis ardientes pasiones se templen en el abismo de la sensualidad. Que en el seno

de velos mágicos é impenetrables se preparen milagros nuevos. ¡ Precipitémonos en el murmurio de los tiempos, en las olas agitadas del destino ! Y que después, el dolor y el placer, la fortuna y la desgracia, se sigan como quieran. Es necesario que el hombre se ocupe desde ahora sin descanso.

MEFISTÓFELES. Ningún limite os está señalado, ningún objeto. Si os agrada disfrutar de todo un poco, coged al vuelo lo que se os proporcione, haced lo que gustéis. Vamos : uníos á mí, y no hagáis el tímido.

FAUSTO. Ya conoces que no se trata de diversiones. Me consagro al tumulto, á los placeres más dolorosos, al amor que participa del odio, á la paz que participa de la desesperación. Mi corazón curado del ardor de la ciencia, no estará cerrado desde ahora para ningún dolor : y lo que es patrimonio de la humanidad entera, lo quiero concentrar en lo más profundo de mi ser ; quiero, por mi espíritu, alcanzar lo que ella tiene de más elevado y secreto : quiero amontonar sobre mi corazón todo el bien y todo el mal que contiene, y ensoberbeciéndome como ella, romperme también lo mismo.

MEFISTÓFELES. ¡ Ah ! podéis creerme : yo que durante muchos millares de años he máscado un alimento tan duro, os aseguro que desde la cuna hasta el féretro, ningún hombre puede digerir la vieja levadura : creedlo, todo está hecho para un solo Dios. Él se contempla en su obra con un esplendor eterno : él nos ha creado á nosotros para las tinieblas y para vos ; el día vale la noche, y la noche el día.

FAUSTO. Pero lo quiero.

MEFISTÓFELES. ¡ Está convenido ! Estoy todavía inquieto sobre un punto : el tiempo es corto, el arte es larga. Creo que deberíais instruiros. Asociaos con un poeta ; dejadle que se entregue á su imaginación, y amontone

en vuestra cabeza todas las cualidades más nobles y magnificas, el valor del león, la agilidad del ciervo, la sangre hirviente del italiano, la firmeza del habitante del Norte; dejadle que encuentre el secreto de conciliar en vos la grandeza de alma y el disimulo, y según el mismo plân, que os dote de las pasiones ardientes de la juventud. Quisiera conocer un hombre tal; le llamaría señor Microcosmos (1).

FAUSTO. ¡Eh! ¿qué soy pues?... ¿Me es imposible alcanzar esa corona de la humanidad que atrae todos los corazones?

MEFISTÓFELES. Tú eres, por lo demás... lo que eres. Hacina sobre tu cabeza pelucas de mil potencias (2), calza tus pies con coturnos de una vara de alto, no dejarás de ser lo mismo que eres.

FAUSTO. Lo conozco, en vano hubiera amontonado sobre mí todos los tesoros del espíritu humano... cuando quiero disfrutar algún reposo, ninguna fuerza nueva sale de mi corazón; no puedo agrandarme hasta tener el espesor de un cabello, ni acercarme, aunque sea poco, á lo infinito.

MEFISTÓFELES. Mi buen señor, eso consiste en que todo lo veís como se lo ve de ordinario; vale más gozar de todo, antes que los placeres de la vida se os escapen para siempre. ¡Vamos á ver! tus manos, tus pies, tu cabeza y tu trasero te pertenecen sin duda: pues bien, lo que gozas por primera vez, ¿te pertenece menos? Si posees seis caballos, ¿no son tuyas sus fuerzas? tú los montas, y hete ahí, hombre ordinario, como si tuvieras veinticuatro piernas. ¡Pronto! abandona la tranquilidad de tus sentidos y ponte en camino con ellos para atravesar el mundo. Te lo aseguro: un hombre

(1) Pequeño mundo.

(2) Antiguo peinado.

que está soñando siempre, es como un animal á quien un duende hace girar alrededor de un páramo, en tanto que en sus contornos se extiende un bello pasto verde.

FAUSTO. ¿Cómo empezamos?

MEFISTÓFELES. Partimos inmediatamente: este gabinete no es más que un lugar de tortura. ¿Llamas á esto vivir, fastidiarse á sí mismo y á los demás? ¡Deja todo eso á tu vecino el panzudo! ¿Á que atormentarte? Lo mejor de lo que sabes no vas á decírselo á tu discípulo. Siento los pasos de uno justamente.

FAUSTO. No me es posible recibirle.

MEFISTÓFELES. El pobre muchacho ha aguardado mucho tiempo, y es preciso que no se vaya disgustado. ¡Ven! Dame tu vestido y tu gorra; el disfraz me estará bien. (*Se viste.*) Ahora, descuida en mí, sólo necesito menos de un cuarto de hora. Prepáralo todo ya para nuestro gran viaje. (*Fausto sale.*)

MEFISTÓFELES con los largos vestidos de Fausto. Desprecia bien la razón y la ciencia, suprema fuerza de la humanidad. Déjate desarmar por las ilusiones y los prestigios de los espíritus malignos, y serás completamente mío. La suerte le ha entregado á un espíritu que va siempre delante de él intrépidamente, y cuyo vuelo rápido ha superado muy pronto todos los placeres de la tierra. ¡Voy á arrastrarle sin descanso por los desiertos de la vida! él forcejará, me asirá, se pegará á mí, y siempre insaciable, verá alimentos y licores continuamente delante de sus labios, sin poder tocarlos nunca: en vano implorará consuelo... y aunque no se hubiese dado al diablo, no por eso dejaría de perecer.

(Un estudiante entra.)

EL ESTUDIANTE. Yo soy recién llegado, y vengo lleno de sumisión, á hablar y á conocer á un hombre, á

quien no se me ha nombrado sino con veneración.

MEFISTÓFELES. ¡Vuestra cortesanía me complace en extremo! Ved en mí un hombre como cualquiera otro? Tenéis ya muchos estudios?

EL ESTUDIANTE. Vengo á rogaros que os encarguéis de mí; estoy armado de buena voluntad, de una dosis regular de dinero y de sangre fresca: mi madre ha sentido mucho que me aleje de ella, y yo quiero pagárselo aprendiendo aquí alguna cosa útil.

MEFISTÓFELES. Estáis en una buena fuente.

EL ESTUDIANTE. Á decir verdad, quisiera ya retirarme. Entre estas paredes, estas salas, no me encontraré bien de ningún modo; este es un espacio muy corto, no se ve desde aquí ni verdor ni árboles, y en estas salas, sobre estos bancos, pierdo el oído, la vista y el pensamiento.

MEFISTÓFELES. Eso sólo depende de la costumbre: así es como un niño no toma sino con repugnancia el pecho de su madre en un principio, y bien pronto después saca de él con gusto su alimento. Eso tiene el seno de la sabiduría, lo desearéis cada vez más.

EL ESTUDIANTE. Yo quiero colgarme de su cuello; pero enseñadme el medio de conseguirlo.

MEFISTÓFELES. Explicaos antes de continuar: ¿que facultad elegís?

EL ESTUDIANTE. Yo desearía llegar á ser muy instruido, y quisiera poder abrazar cuanto existe en la tierra y en el cielo, la ciencia y la naturaleza.

MEFISTÓFELES. Estáis en buen camino; mas sería menester no separaros mucho.

EL ESTUDIANTE. Vedme en él en cuerpo y alma; pero tendría sumo gusto en disponer de un poco de libertad y de buen tiempo en los días de fiesta del verano.

MEFISTÓFELES. ¡Aprovechad el tiempo, que se nos va an pronto! El método os enseñará á ganarlo. Mi buen amigo, yo os aconsejo antes que todo, el curso de lógica. Ella os dirigirá bien el espíritu. Le pondrán buenas botas españolas para que trote prudentemente en el camino de la rutina, y no vaya á pasearse, haciendo eses como un fuego fátuo. En seguida, se os enseñará desde por la mañana hasta por la noche, que para hacer lo que hacéis en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar por tiempos. Por manera, que la fábrica de los pensamientos es como un telar, en el cual un movimiento de pie agita millares de hilos, en donde la lanzadera sube y baja sin cesar, y los hilos se escurren invisibles, y mil nudos se forman á la vez: viene después el filósofo y os demuestra que debe ser así: lo primero es esto, lo segundo esto, luego lo tercero y lo cuarto es esto; y que si lo primero y lo segundo no existiesen, lo tercero y lo cuarto no existirían tampoco. Los estudiantes de todos los países, conciben muy bien este razonamiento, y ninguno de ellos, sin embargo, llega á ser tejedor. El que quiere conocer y destruir un ser viviente, principia por quitarle el alma, y ya tiene entre las manos todas sus partes; pero ¡ay! ¿qué falta? nada más que el lazo intelectual. La química llama á eso *encheiresin naturee*; así se burla de sí misma, y lo ignora.

EL ESTUDIANTE. No puedo comprenderos muy bien.

MEFISTÓFELES. Esto será mucho más claro cuando hayáis aprendido á reducirla y á clasificarlo todo convenientemente.

EL ESTUDIANTE. Estoy tan atontado con todo eso, que se me figura que tengo una rueda de molino en la cabeza.

MEFISTÓFELES. Y después es menester, antes de nada, entregaros á la metafísica: en ella deberéis escudriñar profundamente lo que no conviene al cerebro del hombre: y sea lo que quiera, tened siempre preparado un término técnico. Mas por estos sei primeros meses, disponed vuestro tiempo lo más regularmente posible. Tendréis cinco horas de trabajo diarias: estad aquí á la primera campanada, ya preparado, por supuesto, y habiendo estudiado bien vuestros párrafos, á fin de hallaros segurísimo de que no diréis nada sino lo que está en el libro, cuidando, además, de escribir como si os dictase el Espíritu Santo.

EL ESTUDIANTE. No tendréis necesidad de decirme lo dos veces: estoy muy convencido de la utilidad de ese método: que, cuando uno ha puesto lo negro sobre lo blanco, se vuelve á su casa completamente aligerado.

MEFISTÓFELES. Así, pues, escogedme una facultad.

EL ESTUDIANTE. Yo no puedo avenirme con el estudio del derecho.

MEFISTÓFELES. No os haré un crimen de eso: sé demasiado lo que esa ciencia es. Las leyes y los derechos se suceden como una eterna enfermedad: se arrastran de generaciones en generaciones, y se adelantan sordamente de un lugar á otro. La razón llega á ser locura, un beneficio llega á ser un tormento: ¡ desdichado de ti, que del derecho nacido con nosotros ¡ ay! no se trata nunca!

EL ESTUDIANTE. Con eso disminuís mi poco gusto por él. ¡ Oh! ¡ feliz el que instruyáis! Casi estoy por estudiar la teología.

MEFISTÓFELES. Desearía no induciros en error con respecto á esa ciencia; es difícil evitar la senda falsa,

porque encierra un veneno tan oculto, que cuesta tanto trabajo encontrar el remedio! En esa materia, si es que la estudiáis, lo mejor es jurar siempre sobre la palabra del maestro. En suma... ateneos á las palabras, y llegaréis por el camino más seguro al templo de la certeza.

EL ESTUDIANTE. Sin embargo, una palabra debe contener siempre una idea.

MEFISTÓFELES. ¡ Muy bien! mas es necesario no inquietarse mucho por eso, porque, donde faltan las ideas, una palabra puede sustituirlas á propósito: con palabras se puede discutir muy convenientemente: con palabras se puede levantar un sistema; las palabras se hacen creer fácilmente, y no se borraría de él ni una coma.

EL ESTUDIANTE. Dispensadme que os haga tantas preguntas, pero os tengo que molestar todavía... ¿ No me hablaréis un instante de la medicina? ¡ Tres años son muy poco tiempo, y ¡ Dios mío! es tan dilatado el campo! ¡ sucede á veces que el más pequeño síntoma nos puede llevar tan lejos!

MEFISTÓFELES, *aparte*. Este tono seco me fatiga, volveré á desempeñar mi papel de diablo. (*Alto.*) El espíritu de la medicina es fácil de comprender; estudiad bien el grande y el pequeño mundo para dejarlos ir, al fin, en gracia de Dios. Inútil sería que os lanzárais tras de la ciencia; cada uno solo aprende lo que puede aprender; mas el que sabe aprovechar la ocasión, ese es el hombre advertido. Vos tenéis bastante buena traza, no os falta atrevimiento, y si tenéis confianza en vos mismo, la inspiraréis á los demás. Sobre todo, aprended á llevar á las mujeres; es su eterno ¡ ay! modulado con tan diversos tonos, que es menester tratar siempre con un mismo método; y en

tanto que estéis con ellas con un medio respeto, as dominaréis á todas. Un título pomposo debe conven- cerlas desde luego de que vuestra ciencia excede con mucho á las demás: entonces, podréis permitir os perfectamente ciertas cosas, cuyo derecho á penas se lo darian á otro mucho años de práctica: cuidad de tomarles el pulso muchas veces, acompañando este gesto con una ardiente mirada, y pasad el brazo alrededor de su esbelto talle, como para ver si el corsé está bien puesto.

EL ESTUDIANTE. Eso se comprende de sobra; ya tiene uno su experiencia.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, toda teoría es seca, y el árbol precioso de la vida es muy florido.

EL ESTUDIANTE. Os juro que eso me causa el efecto de un sueño. ¿Me atreveré á distraeros otra vez para aprovecharme más de vuestra sabiduría?

MEFISTÓFELES. Á eso dirigiré todo mi cuidado.

EL ESTUDIANTE. Me sería imposible volver, si esta vez no os presentara mi álbum: tened la bondad de concederme una nota...

MEFISTÓFELES. Con mucho gusto. (*Escribe y se lo devuelve.*) *Eritis sicut Deus, bonum et malum scientes.* (*El estudiante saluda respetuosamente, y se retira.*)

MEFISTÓFELES. Sigue solo la vieja sentencia de mi primo el áspid, y bien pronto dudarás de tu semejanza divina.

FAUSTO. ¿Adónde debemos ir ahora?

MEFISTÓFELES. Adonde quieras. Podemos ver el pequeño mundo: ¡qué placer, qué utilidad la de tal viaje!

FAUSTO. Mas, por mi larga barba, yo no tengo el más ligero conocimiento del mundo; mi tentativa no teadrá ningún éxito, porque jamás he sabido pro-

ducirme en él: ¡me siento tan pequeño en presencia de los demás! me encontraré embarazado á cada paso.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, todo eso se adquiere: ten confianza en ti mismo, y sabrás vivir.

FAUSTO. ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Dónde tienes tú caballos, criados y un equipaje?

MEFISTÓFELES. Extendámos esta capa: ella nos llevará al través de los aires: para carrera tan atrevida no tomes un lío pesado: un poco de aire inflamable que voy á preparar, nos levantará de la tierra en un momento, y si somos ligeros, esto se hará muy pronto. Te felicito por el nuevo género de vida que acabas de abrazar.

Bodega de Auerbach, en Leipsique. Reunión de alegres compañeros.

FROSC. ¡Nadie bebe! ¡Nadie se rie! Yo voy á enseñaros á mostrar ceño. Estáis humeando como la paja húmeda, vosotros que siempre centelleáis como una hermosa fogata.

BRANDER. Tú tienes la culpa, que no pones nada de tu parte, ni una barbaridad, ni una porquería.

FROSC le arroja un vaso de vino á la cabeza. Ahí tienes las dos á un tiempo.

BRANDER. ¡Marrano!

FROSC. Pues lo queréis, convengo en ello.

SIEBEL. ¡El que se incomoda tiene la puerta franca! Que todo el mundo cante con todos sus pulmones, que se beba, que se grite. ¡oh! ¡eh! ¡hola! ¡oh!

ALTMAYER. ¡Ay Dios! ¡estoy perdido! Traed algodón; ese maldito me rompe los oídos.

SIEBEL. Cuando la bóveda resuena, puede calcularse la fuerza del instrumento.